

Configuraciones urbanas virreinales en la crónica (ca. 1605)

de fray Diego de Ocaña

Silvia Tieffemberg (UBA – CONICET)

En la obra *México en 1554*, el humanista oriundo de Toledo Francisco Cervantes de Salazar presentaba –en forma de un diálogo en latín sostenido entre dos interlocutores– sus impresiones sobre la ciudad de México y sus alrededores y la recientemente creada Universidad local. México y Lima, dice Hugo García, despertaban interés y asombro en los viajeros ya desde el siglo XVI, y agrega, refiriéndose a la obra de Cervantes, que esta se publica en el momento en que “el cuerpo europeo de la ciudad” americana comenzaba a conformarse y el virreinato empezaba a ser visualizado en la metrópolis, mientras que los sujetos que lo habitaban ya en ese momento eran “identificados a través de la misma obra construida” (2006: 2). Obra que, por otra parte, salía “al futuro preñada de significados”, cuando, además, se asistía “al parto del discurso imperial de la ciudad virreinal, aún en momento incipiente, pero ya claramente definiendo un tono de enunciaciones oficiales” que reaparecerían en el futuro de manera incesante (2).

En la organización de las ciudades americanas teniendo en cuenta su relevancia, continúa García, México y Lima ocupaban el lugar de mayor jerarquía por tratarse de capitales virreinales. Así, estas “devinieron en verdaderos centros productores de simbología y reproductores de relaciones de poder que remedaban la lejana corte imperial” (2006: 4). Como residencia de las figuras más importantes del sistema político colonial, el virrey y el arzobispo, las capitales virreinales se convirtieron “en puntos privilegiados dentro de la geografía del imperio del león y la torre” (2006: 4-5).

Desde este marco de sentido, me voy a referir en esta presentación a la dimensión epistemológica que el cronista viajero fray Diego de Ocaña, en *Viaje por el Nuevo Mundo* (ca. 1605), otorga a la ciudad de Lima como articulador espacial que permite visibilizar los alcances de un enclave urbano en un extenso, y aun impreciso, territorio que el caminante atraviesa acicateado por los temores a lo desconocido.

Diego de Ocaña y el culto guadalupano

En 1588, Diego de Ocaña, natural de la villa de la cual tomaría su nombre, profesaba en la orden de San Jerónimo, y diez años más tarde, partía desde el monasterio extremeño de Nuestra Señora de Guadalupe hacia tierras americanas, a pedido de su propia congregación, con el propósito de incentivar el culto guadalupano asentando cofrades¹ y recoger los donativos que los fieles dejaban en sus testamentos como ofrenda a la virgen de Guadalupe del monasterio de las Villuercas (Campos y Fernández de Sevilla, 2014: 4). Meses antes de partir, el escribano Juan González Durán le había entregado las cartas patentes para cumplir con lo encomendado como representante legal del monasterio extremeño en América (Pereira Salas, 1995: 20). Diego de Ocaña no comenzó su viaje solo, el 5 de enero de 1599 se embarcó junto a fray Martín de Posadas, quien murió –al parecer a causa de las inclemencias del clima– a poco de llegar a América, en la costa peruana de Paita.

Entre 1599 y 1605, fray Diego de Ocaña recorrió 35.000 kilómetros a través de la América del Sur²: cruzó el océano Atlántico y se dirigió a Lima, donde permaneció hasta 1600, tras lo cual atravesó la cordillera de los Andes y transitó de norte a sur la costa occidental del continente hasta llegar a Chiloé, la isla más grande del archipiélago que se encuentra en la región centro sur del actual territorio chileno. Finalmente volvió a Lima desde donde se embarcó hacia el virreinato de la Nueva España, en el cual muy probablemente murió. Si bien el viaje tenía un fin expreso ligado al ámbito judicial y económico, el texto que de él resulta es de una riqueza aún poco aquilatada. Efectivamente, la crónica que hoy conocemos como *Viaje por el Nuevo Mundo*³ es una minuciosa relación que describe, con prosa ágil y colorida, lo visto y lo vivido en nuestro continente por el autor, pero además incluye

¹ Las cofradías católicas son asociaciones de fieles regidas por el Código de Derecho Canónico y en general se reúnen en torno a la advocación de Cristo, la Virgen o algún santo en particular. Si bien la cofradía tiene fines piadosos, muchas de ellas llegan a ser económicamente muy poderosas.

² Sin embargo, Elena Altuna, remitiendo al análisis estilístico y de fuentes históricas realizado por Peña Núñez, afirma que hubo itinerarios consignados en el texto que no se cumplieron: “[e]l fraile no pudo haber transitado el territorio al sur del Bio-Bío, pues en 1600 los araucanos habían destruido varias ciudades y todo el Reino de Chile estaba en guerra” (2016: 25).

³ En el Repositorio Institucional de la Universidad de Oviedo, donde se conserva el manuscrito original bajo la signatura M-215, puede leerse “La obra de Diego de Ocaña nos muestra la geografía de gran parte del Nuevo Mundo, así como las costumbres de sus habitantes, lo que la convierte en una auténtica crónica de Indias. El manuscrito fue redactado en Lima a partir de las notas que tomó el fraile jerónimo durante sus viajes por la América española, a la que había arribado en 1599. [...] Letra humanística. – Foliación moderna con errores. – 22 dibujos de indígenas plumilla, la mayoría coloreados; 5 mapas. – Entre los fols. 235r. y 254v. va incluida una *Comedia de Nuestra Señora de Guadalupe y sus Milagros*. --Mss. Autógrafo. El título está tomado de la ed. del manuscrito hecha por fr. Arturo Álvarez que propone 1605 como fecha posible de su redacción. – Enc. en piel marrón gofrado del siglo XIX, realizada por Ginesta en Madrid en 1871.” <http://digibuo.uniovi.es/dspace/handle/10651/27859> (consultado 18/10/2018)

una composición dramática en verso, la *Comedia de Nuestra Señora de Guadalupe y sus milagros*⁴, veintidós dibujos que pintan diferentes tipos indígenas y animales de la región⁵, cuatro mapas⁶ y un bosquejo del cerro del Potosí.

Fray Diego de Ocaña no solamente asentó cofrades y recogió los donativos para la virgen, también describió minuciosamente en su crónica de viaje las fiestas a ella dedicadas en las que, por otra parte, participó pintando su imagen⁷. Finalmente, en la fiesta realizada en Potosí en 1602 para celebrar el primer año de entronización de la imagen de la virgen se representó la *Comedia* de la que es autor.

La *Comedia de Nuestra Señora de Guadalupe y sus milagros* está estructurada en dos partes y ocho cuadros, y el esquema métrico es variado: el más utilizado es el de la redondilla, aunque se encuentran, también, las quintillas y el romance. López de Mariscal y Madroñal opinan que este texto dramático de Ocaña es “una verdadera comedia a lo divino”, con una clara intencionalidad: “la promesa de nuevos milagros de la Virgen, si los espectadores se comportan como los personajes que han visto en escena, es decir, si hay devoción hacia ella y donaciones” (2010: 39). Por otra parte, la *Comedia*, según estos mismos estudiosos, podría ser una de las piezas más antiguas dedicadas a la Virgen de Guadalupe representadas entre 1598 y 1722 (39).

Algo más que lo visto y lo vivido

El encuadre genérico de cualquier texto de Indias es siempre problemático, más aún en el caso de una obra como la de Ocaña por todo lo señalado hasta este momento, sin embargo, es indudable que se trata de un relato que surge como resultado de un viaje. “El texto del relato de viaje”, dice Guérin, “debe evidenciar que los conocimientos del mundo que refiere, se adquirieron inicialmente mediante la experiencia sensible, aunque no provengan exclusivamente de ella” (1993: 6). Si bien el caudal de información más importante que brinda el texto de Ocaña proviene de su propia experiencia, se hace evidente que responde, por una

⁴ “[N]inguna de las historias que componen la *Comedia*”, dice Beatriz Peña, “proviene de la imaginación del monje. Detrás de cada una de las anécdotas diversas de la trama se halla la memoria de la tradición acumulada por poco más de trescientos años sobre la patrona de Extremadura” (2016: 220).

⁵ Estos dibujos fueron realizados a plumilla y dieciocho de ellos se encuentran coloreados con acuarelas.

⁶ En realidad, se trata de un solo mapa en cuatro partes que plasma el territorio de Chile comprendido entre Coquimbo y la zona norte de la isla de Chiloé (Pereira Salas, 1995: 22). Estas cuatro ilustraciones están delineadas en tinta y coloreadas con acuarela verde.

⁷ Véase al respecto el exhaustivo trabajo de Guzmán Reyes (2014:139-201) donde analiza la pintura al óleo sobre lienzo realizada por Ocaña en 1599, que se encuentra en la Basílica Catedral de Lima y podría ser el inicio de las “vírgenes triangulares” en la región sur-andina.

parte, a las preguntas formuladas por orden del Consejo de Indias en la *Instrucción y memoria de las relaciones que se han de hacer para la descripción de las Indias*, que circuló desde 1577 y tuvo como objeto recabar información fidedigna para optimizar los instrumentos de la expansión. Pero por otra, la crónica de Ocaña refleja lecturas no declaradas de obras altamente legitimadas en el circuito americano y metropolitano como *La Araucana* de Alonso de Ercilla, que performaron su mirada de viajero etnográfico. Uno de los veintidós dibujos que ilustran la crónica, por ejemplo, muestra una mujer con rasgos occidentales y uno de sus pechos al descubierto y se titula “La bella Guacolda. Traje de las chilenas desde Coquimbo al valle de Arauco” (Ocaña, 2010: 505), haciendo referencia al nombre y al epíteto con que Ercilla connota a la compañera de Lautaro, metonímicamente convertido ahora en epíteto de todas las mujeres indígenas del reino de Chile.



Pero además, esto se ve reforzado en el texto que acompaña la imagen, puesto que la calidad de belleza del personaje creado por Ercilla se hace extensiva a todas las mujeres indígenas del territorio: “Las mujeres son hermosas, aunque las unas son más blancas que otros (sic) de otras partes” (Ocaña, 2010: 179-180).

Ahora bien, existe un pasaje dentro de *Viaje por el Nuevo Mundo* en el que quiero detenerme especialmente. Se trata de la descripción de la llegada a la ciudad de Lima, y me interesa porque allí Ocaña construye su propia mirada en la conjunción de –al menos– dos espacios: uno que percibe como desconocido y amenazante, y otro del que posee un conocimiento previo a través de documentos conventuales y notariales. Es decir, lo visto y lo vivido se tensiona y articula con lo leído y aprendido.

Lima, centro geopolítico, centro epistemológico

Lima ocupa tres capítulos en el texto de Ocaña y su configuración lleva al lector a considerarla, no solamente como centro geopolítico del virreinato, sino también como centro epistemológico, como “ente polisémico” en palabras de Hugo García (2006:3), que disemina sentidos frente a un entorno que se desdibuja en los límites de lo indecible.

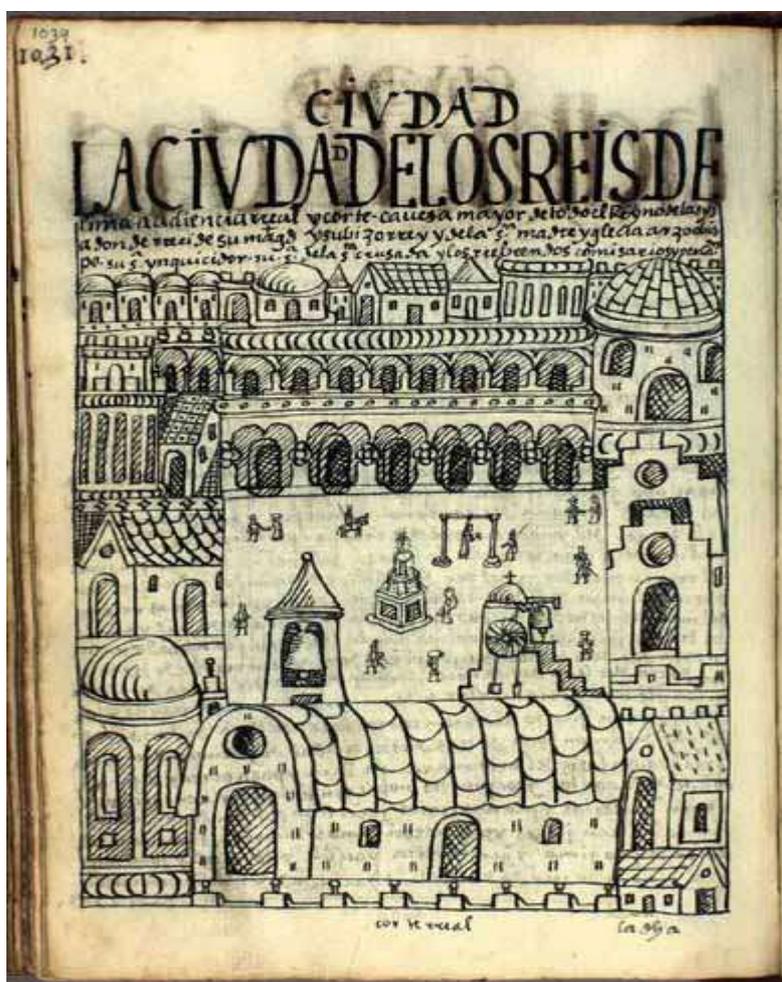
La llegada a Lima no comienza por una descripción física de la ciudad, sino por la referencia precisa a las autoridades políticas y religiosas: “fui luego a presentarme al virrey don Luis de Velasco [...] luego visité al señor arzobispo don Toribio Alfonso de Mogrovejo y a los inquisidores y a los oidores y a otras dignidades” (Ocaña 2010: 141), así como a la comunidad letrada que la conforma y asimila a la metrópoli: “hay universidad con muchos doctores que la ilustran mucho, con las mismas constituciones de Salamanca. Hay cátedra de todas ciencias [...] y en los conventos se estudia artes y teología” (2010: 148).

La descripción física de la ciudad, con sus calles en damero⁸ y sus acequias que proveen de agua a casas particulares y sembradíos, no ofrece mayores diferencias con las descripciones de otros cronistas, como la que realiza fray Reginaldo de Lizárraga en su *Descripción breve* (ca. 1605), un texto contemporáneo al *Viaje por el Nuevo Mundo*. En este Lizárraga describe la ciudad de Lima por la singularidad de sus calles en cuadro y los beneficios en cuanto a la provisión de agua que esto comporta: “en medio de la plaza hay una fuente muy grande, bastante para dar el agua necesaria [...] porque como las calles sean en cuadro, y el agua vaya encañada por medio de las calles, es fácil de la calle ponerla en casa.” (1986: 87). Incluso en un texto como el del cronista indígena Guamán Poma de Ayala, aunque difiera diametralmente su contexto de producción y circulación, Lima y su bagaje de significaciones,

⁸ Por cierto esta descripción de la ciudad no puede evitar la referencia a dos conceptualizaciones clásicas sobre lo urbano: José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976) y Ángel Rama, *La ciudad letrada* (1984).

es presentada con la misma centralidad⁹. En el epígrafe que acompaña la imagen de la ciudad en la *Nueva crónica y buen gobierno* (ca. 1615) puede leerse:

LA CIUDAD DE LOS REYES DE Lima, audiencia real y corte, cabeza mayor de todo el reino de las Indias, adonde reside su Majestad y su virrey y de la santa madre iglesia, arzobispo su señoría inquisidor, su señoría de la santa cruzada y los reverendos comisarios y prelados (transcripción al español actual mía)¹⁰



⁹ Véase Marcela Pezzuto y Silvia Tieffemberg, “Imágenes de ciudad. Lima en dos crónicas altoperuanas del siglo XVII”, *V Coloquio Internacional de Literatura Comparada “Dinámicas del espacio. Reflexiones desde América Latina”*, Universidad Católica Argentina, junio, 2018.

¹⁰ Texto e imagen tomado del web site

<http://www.kb.dk/permalink/2006/poma/1039/en/text/?open=idp594336> (1031 [1039])

Sin embargo, me interesa destacar una particularidad en el texto de Ocaña, que pone de manifiesto la dimensión epistemológica, antes aludida, que el cronista otorga a la ciudad de Lima como articulador espacial, pero ligada, en este caso, a la experiencia corporal del miedo.

La impermanencia o la suspensión de la racionalidad occidental

En el capítulo anterior a la descripción de la llegada a la ciudad, Ocaña indica que el único camino para llegar a ella es atravesando el cerro de arena:

Este cerro es todo de arena y tan menuda que las mulas meten las manos y pies hasta la media pierna. Está apartado y distante de Lima 6 leguas y él tiene dos leguas largas de subida y bajada; y si no se pasa muy de mañana o de noche, es tanto el calor que los caballos perecen. Y así está todo aquel camino, a cada paso cabalgaduras muertas y reses y ganado cuando se trae, que forzosamente ha de pasar por allí, que no hay otra parte más cómoda que aquella, porque de la una parte está la mar, que base en el mismo cerro, y por parte de la tierra hay otros cerros muy más altos que él y todos de arena muy menuda, que la lleva el viento; que admira ver cerros tan altos y todos de aquella arena menuda, que un día están allí y otro día los pasa el viento a otras partes, que es una de las cosas más notables que hay en estos llanos: que a la noche está un cerro junto a donde nos alojamos y a la mañana no parece aquel cerro, que el viento poco a poco se le llevó aquella noche y no está allí y si parece es en otra parte. Y así no hay tomar tiento en este camino, porque la señal que hoy tiene, mañana falta; y así se camina siempre con el viento que vaya dando en el rostro a los que vienen de abajo. Y desta suerte guían los indios de noche a los españoles que caminan, por el viento. (Ocaña, 2010: 139-140).

Se trata de un espacio en el que la posibilidad de raciocinio del viajero queda suspendida, no puede optar por otro camino pues la naturaleza ha tomado las riendas: por un lado está el mar, por otro, se levantan montañas inaccesibles, y el cuerpo —el de los hombres, el de las bestias— se convierte en el único vehículo posible. El terreno inasible que cambia bajo los pies, con cerros que desaparecen en la noche, el viento que dificulta la marcha, la ausencia de señales y el acecho permanente de la muerte, vulnerabilizan al caminante al punto de tener necesidad de ser guiado por los indígenas.

La naturaleza sin el control del enclave urbano deviene caos, espacio sin límites ni señales que permitan atravesarlo y salir indemne. Sin embargo, la inmediata llegada a Lima para asentar cofrades le permite a Ocaña un regodeo en la idea de orden, vocablo que se repite como una letanía:

Y puesto todo por buen *orden*, tomé el libro [...] y fuíme al Virrey [...] Y luego por su *orden* [...] fui *asentando* a todos los oidores [...] Y por este *orden* fui *asentando* toda la ciudad, con tan buen *orden* que a todos les pareció bien el modo cómo lo iba disponiendo y *ordenando* [...] Acabada de *asentar* toda la ciudad por cofrades, por el *orden* dicho, traté luego de hacer una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe para que lo comenzado fuese adelante (Ocaña, 2010: 142-143, subrayado mío).

Junto al vocablo *orden* se repite, además, la palabra *asentar*, cuyo significado remite a “anotar o poner por escrito algo, para que conste”¹¹. Frente a la impermanencia del cerro de arena por el que es precedida, entonces, la ciudad de Lima posibilita en el texto de Ocaña – desde lo epistemológico– anclar el sentido dentro de los límites de un conglomerado urbano que, al igual que la cofradía guadalupana, –desde lo geopolítico– se presenta como garante de la reproducción en América de instituciones que resultan esenciales a la Corona para los fines de la expansión.

Bibliografía

- Aluna, Elena, “Prólogo”, en Peña Núñez, Beatriz Carolina, *Fray Diego de Ocaña: olvido, mentira y memoria*. Universidad de Alicante, Cuadernos de América sin nombre, 2016.
- Campos y Fernández de Sevilla, Javier, *El fraile jerónimo Diego de Ocaña y la crónica de su viaje por el virreinato del Perú (1599-1606)*. Lima, Arzobispado del Perú, 2014, pp. 9-124. (<http://www.javiercampos.com/files/Diego%20de%20Ocana%20%20texto%20libro%20Lima.pdf> consultado 20/10/2018).
- García, Hugo, *Detrás de la imagen de la ciudad virreinal: sujeto, violencia y fragmentación*. A Dissertation Presented in Partial Fulfillment of the Requirements for the Degree Doctor of Philosophy In the Graduate School of The Ohio State University. The Ohio State University, 2006. (https://etd.ohiolink.edu/rws_etd/document/get/osu1155586392/inline consultado 18/10/2018).
- Guérin, Miguel A., "El relato de viaje americano y la redefinición sociocultural de la ecumene europea", *Dispositio*, University of Michigan, XVII, 42, 1993, pp. 1-19.
- Guzmán Reyes, Erman, “Aplicación tecnológica y Restauración para el estudio de la virgen de Guadalupe” en *El fraile jerónimo Diego de Ocaña y la crónica de su viaje por el virreinato del Perú (1599-1606)*. Lima, Arzobispado del Perú, 2014, pp. 9-124. (<http://www.javiercampos.com/files/Diego%20de%20Ocana%20%20texto%20libro%20Lima.pdf> consultado 21/10/2018).
- Lizárraga, Reginaldo, *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. Edición de Ignacio Ballesteros. Madrid, Historia 16, 1987.

¹¹ Aceptación 11 de *asentar* (*Diccionario de la lengua española*. Edición del Tricentenario. Actualización 2017, <https://dle.rae.es/?id=3xhN1uB>, consultado 23/10/2018)

López de Mariscal, Blanca y Abraham Madroñal, “Introducción” en Diego de Ocaña. *Viaje por el Nuevo Mundo: de Guadalupe a Potosí, 1599-1605*. Edición crítica, introducción y notas de Blanca López de Mariscal y Abraham Madroñal, con la colaboración de Alejandra Soria. Universidad de Navarra – Iberoamericana – Vervuert – Madrid – Frankfurt – México, 2010.

Ocaña, Diego de, *Viaje por el Nuevo Mundo: de Guadalupe a Potosí, 1599-1605*. Edición crítica, introducción y notas de Blanca López de Mariscal y Abraham Madroñal, con la colaboración de Alejandra Soria. Universidad de Navarra – Iberoamericana – Vervuert – Madrid – Frankfurt – México, 2010.

Peña Núñez, Beatriz Carolina, *Imágenes contra el olvido. El Perú colonial en las ilustraciones de Fray Diego de Ocaña*. 2011.

-----, *Memoria viva de una tierra de olvido: relación del viaje al Nuevo Mundo de 1599 a 1607*. 2013.

-----, *Fray Diego de Ocaña: olvido, mentira y memoria*. Universidad de Alicante, Cuadernos de América sin nombre, 2016.

Pereira Salas, Eugenio, “Relación del viaje a Chile, año de 1600 (Crónica de viaje)” en *A través de la América del Sur* de fray Diego de Ocaña. Prólogo de Lorena Loyola Goich; introducción y notas de Eugenio Pereira Salas. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1995, pp. 20-35.

Rama, Ángel, *La ciudad letrada*. Montevideo, Arca, 1984.

Romero, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.